

XXVII° Domingo en el Tiempo Ordinario

Estudié piano y órgano durante la escuela primaria, secundaria y la universidad. Tuve la bendición de muchos maestros maravillosos, pero la que más perfeccionó mi forma de tocar fue Elizabeth Rounds de la Universidad de Northwest Missouri en Maryville. Tomé clases con ella a principios de los años setenta, mientras estudiaba en el Seminario de Concepción. Incluso después de que me ordené como sacerdote, iba a Maryville de vez en cuando para tocar antes de ella lo que estaba practicando. Ella continuó guiándome sobre cómo mejorar mi forma de tocar. Unos diez años después de que me había hecho sacerdote, ella se enfermó de un cáncer muy agresivo. Cuando supimos que se estaba muriendo, la visité en el hospital. El cáncer sobresalía de su garganta. Como sacerdote, debí haberle dicho palabras de consuelo, pero le dije otra cosa. Le dije: “Estoy enojado contigo. No quiero que te mueras.” Ella aceptó mi enojo, entendió, y me ayudó a superarlo. Yo debí haberla atendido a ella, sin embargo, ella fue la que me atendió a mí. Murió en abril de 1990, y todavía la extraño. Ella fue un mentor para mí en la música, en la vida y en la muerte, todo el tiempo hasta su tumba.

Tal vez San Timoteo tenía sentimientos similares acerca de San Pablo. De acuerdo con la segunda lectura de hoy, Pablo había impuesto personalmente las manos sobre Timoteo y lo nombró líder de la comunidad, probablemente en Éfeso. Timoteo era joven y tímido, pero había trabajado con Pablo y más tarde recibió dos cartas de aliento de él. Nos podemos imaginar cómo se sentía Timoteo. Él estaba a cargo. Pablo estaba muriendo en la cárcel. Timoteo tenía dudas sobre sí mismo acerca de sus habilidades. Pablo claramente amaba a Timoteo, pero no podía estar en el mismo lugar con él, y se llegaba el tiempo de morir. En el extracto que oímos hoy, Pablo dice: “el Señor no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de moderación.” Pablo sabe que servir a Dios no es fácil, pero Dios ayuda a la gente para que lo haga. Él le dice a Timoteo que “comparte conmigo los sufrimientos por la predicación del Evangelio, sostenido por la fuerza de Dios.” Lo más importante, al comienzo de este pasaje Pablo le dice a Timoteo “que reavives el don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos.”

Timoteo tenía temores como cualquiera de nosotros tenemos. Cuando los estudiantes comienzan un año académico, los nuevos cursos pueden parecer difíciles, y se preguntan si van a ser capaces de realizar el trabajo. Cuando la vida matrimonial se pone difícil, la gente se pregunta si podrán llevar a cabo sus responsabilidades sin el apoyo que esperaba de su cónyuge o sus hijos. Cuando nos vemos tentados a cometer pecados sexuales, de avaricia, o de pornografía, nos preguntamos si tenemos la fuerza para superarlos. Cuando un mentor muere, nos preguntamos si podremos seguir siendo fuertes.

La segunda carta de Pablo a Timoteo deja dos puntos, uno acerca de Dios y uno de nosotros. En primer lugar, Pablo dice que Dios proporciona la fuerza. Si alguna vez sientes que estás lejos de Dios o que tu fe se ha debilitado, recuerda que Dios sigue siendo fuerte, y siempre provee la fuerza para él que esté cansado. En segundo lugar, Pablo dice que nuestra responsabilidad consiste en reavivar el don que hemos recibido. Una cosa es tener la fuerza, y otra cosa es usarla. Si alguna vez te ha decepcionado alguien porque no comparte el mismo entusiasmo que tú, por algo que te gusta hacer, ya sabes cómo Dios se siente a veces con nosotros. Por lo regular tenemos todo lo que necesitamos para vivir una vida mejor, excepto una cosa: el deseo. El deseo de hacer el bien reavivará los dones que hemos recibido, y no importa la situación, vamos a sentir la fuerza que viene de Dios.